

del otro. El buen hombre me habia dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goëthe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viajeros del embarazo de prolongadas indagaciones.

### LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente despues del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goëthe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 217 calles, todos felizmente conocian esta; así que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres lirás.

En esta casa es donde Goëthe escribió una parte de *Werther*.

Goëthe essin contradiccion uno de los genios mas



poderosos, no diré que haya poseído la Alemania, sino que haya poseído el mundo. En cada ramo de la literatura ha dejado alguna obra maestra. En novelas *Werther* y *Wilhelm weister* son maravillas; *Gätz de Berlichingen* y *El Conde de Egmont* están á la altura de los dramas de Shakspeare. *La Desposada de Corinto*, *El Pescador* y *El Bey de Thule*, valen tanto como lo que los mas grandes poetas antiguos y modernos han hecho mejor. Fausto no tiene igual en ningun idioma, y, cosa extraña, Goëthe á pesar de todo ha vivido feliz y respetado; ha encontrado á la vez un príncipe y un pueblo que le han comprendido viviendo; ha asistido á su apotheosis como si ya la sancion de los siglos hubiese pasado sobre él: de modo, que cuando murió cargado de años y honor, todos parecieron admirarse de que pagase el tributo comun; se habian acostumbrado á creerle inmortal.

Goëthe fué el primero que dió nuevas hermanas á esa familia de ángeles creada por Shakspeare. Clara, Mignon, y Margarita son creaciones tan castas en su afecto, tan puras en su amor, tan grandes en su abatimiento como Desdemona, Julieta y Ofelia. Todo nuestro teatro ha pasado entre esos dos hombres, creando mujeres apasionadas ó tímidas doncellas, pero sin imaginar nada que se pareciese á la aristocrática amante de Otelo, ó á la pobre querida de Fausto.

En la esquina de la calle donde está situada esta casa santa, lei el cartel de la funcion de la noche en el teatro: se representaba *Griselidis*.

La calle que tomé al acaso, segun mi costumbre, me condujo derecho á la catedral. Es una construccion irregular, rodeada de casas que la ocultan, terminada en un campanario truncado: comenzada por los Carlovingios, fué acabada ó mas bien interrumpida en el siglo xvi. Su aspecto tiene algo de extraño por la enorme cantidad de escudos que la adornan y que le dan el aspecto mas bien de un salon de armas que de un lugar santo. Contiene dos sepulcros notables.

Se enseña allí además un gran reloj, *obra maestra de mecánica*, que á mi parecer tiene una gran ventaja sobre los que andan mal, y es la de no andar.

En la catedral se me acercó el dueño de la fonda, que habia salido de su casa con intencion de verme, y que me buscaba para ponerse á mi disposicion el resto del dia. Le supliqué me condujese á la calle de los Judíos.

En Francfort, como en todas partes, la calle de los Judíos es el barrio mas sucio, pero tambien el mas pintoresco de la ciudad. La calle que habitan es hoy lo que era en el siglo xv. Mientras es posible permanecer en una casa, jamás un judío, hablo de un judío de pura sangre, un judío de la



raza judáica, jamás un judío la derriba. La casa tiene grietas, las tapa; la casa se inclina, la pone puntales. El judío tiene horror á todo lo nuevo. Todo cambio le asusta; sus ojos prefieren fijarse en los objetos que han sido vistos por sus padres.

Sin embargo, hace cuarenta y cinco años turbó extraordinariamente un suceso el hormiguero israelita. En 1796 Jourdan hizo bombardear la ciudad durante dos dias con sus noches; la mayor parte de las bombas cayeron en la calle de los Judíos, donde incendiaron y derribaron mas de cien casas. Este accidente ha producido si no la creacion, al menos el ensanche de una calle nueva.

Esta calle, como la otra, estaba adherida por puertas que se cerraban por la noche á cierta hora, y ante las que se colocaba un centinela. Todo judío que se retiraba tarde debía pagar una multa; pero desde 1819 todas aquellas medidas opresoras han desaparecido felizmente; los judíos que no podian tener mas que una casa en la calle que les estaba especialmente reservada, pueden habitar donde quieran, y poseer tantas casas como les convenga. A su correligionario Mr. de Rothschild es á quien deben en gran parte esta mejora en su condicion: así, contra lo que generalmente sucede á los que hacen bien, Mr. de Rothschild es adorado en Francfort.

Hay, sin embargo, costumbres que Mr. Rothschild no ha podido vencer á pesar de sus súplicas, antipatías que á pesar de sus instancias no ha podido destruir: y son las costumbres y antipatías de su madre á todas las nuevas invenciones del bienestar y del lujo que ella dispensa soberanamente. Jamás ha querido dejar su casita del Ghetto por ninguno de los palacios que sus hijos han hecho construir, en París, Londres, Viena, y aun en el mismo Francfort. Jamás ha querido ir en carruaje, jamás ha cambiado nada de su modo de vivir, y la fortuna de sus hijos ostenta por todas partes sus magnificencias, sin haber podido hacer caer sobre ella visiblemente ninguno de sus reflejos dorados.

Por lo demás, el manantial de esta fortuna es tan curioso como honroso. El príncipe de Hesse-Cassel, obligado á abandonar sus Estados en 1793, y no habiendo á quien confiar una cantidad de dos millones, pidió consejo á un amigo suyo, quien le indicó, como el hombre mas honrado que conocia, á un judío con quien habia tenido algunas relaciones de negocios. El príncipe de Hesse-Cassel le hizo ir y le entregó la cantidad. El judío le preguntó si era á título de depósito ó para hacerla producir. El príncipe tenia prisa; le respondió que hiciera lo que quisiera, y se limitó á pedirle un recibo. Entonces el judío meneó la cabeza y le suplicó volviese á tomar aquel dinero, puesto que



si el príncipe de Hesse-Cassel era cogido, y entre sus papeles le encontraban el recibo, este recibo sería para el depositario una causa de persecucion.

Sin recibo, respondia de todo; pero con un recibo, de nada respondia. El príncipe vaciló un instante; el judío tenia aspecto de honrado, pero la cantidad era bastante fuerte para merecer algunas precauciones. Sin embargo, la confianza pudo mas que el temor; el príncipe le entregó la cantidad, y en seguida se pronunció en retirada como todos los demás príncipes colegas suyos.

En fin, en 1814, el tratado de París devolvió á cada príncipe, sobre poco mas ó menos, lo que habian perdido antes de todos aquellos grandes terremotos de imperios, que desde 1795 á 1814 habian devorado tantos tronos: el príncipe de Hesse-Cassel volvió á entrar en su capital. En su ausencia, Napoleon habia hecho de ella la capital de un reino, de modo que quedó muy satisfecho del estado en que la encontraba.

Una mañana le anunciaron que un judío preguntaba por él; el príncipe de Hesse-Cassel responde que si el judío tiene que hacerle alguna peticion, se la haga por escrito á sus ministros. El judío contesta que lo que tiene que decir al príncipe á nadie interesa mas que á él, y no lo dirá á nadie mas. El judío es introducido.

El príncipe le reconoce: era aquel el mismo traje, un poco mas raído; la misma fisonomía, algo mas envejecida; los mismos cabellos, algo mas escasos; y la misma barba, un poco mas encanecida. El judío se inclina.

— ¡ Ah, pardiez! le dice el príncipe, ¿ eres tú? no pensaba volverte á ver. ¡ Y bien! ¿ qué vienes á decirme? ¿ que mi dinero ha sido descubierto y robado? ¡ Y qué quieres, buen hombre, es una desgracia! Gracias á Dios y á la Santa Alianza, no soy muy pobre, y puedo perder dos millones con los que no contaba.

— No es eso, monseñor, respondió el judío inclinándose á cada palabra. Gracias al Dios de Israel, no han tocado á vuestros dos millones; pero V. A. me habia dado permiso para hacerlos producir.

— ¡ Ah! comprendo, dijo el príncipe; los has hecho producir tan bien, que se han perdido. ¡ Qué quieres! ¡ estos desgraciados tiempos han sido tan terribles para el comercio!

— No es eso, alteza. Los dos millones no se han perdido.

— ¡ Cómo! exclamó el príncipe, ¿ mé traes mis dos millones?

— Tampoco es eso, monseñor; no os traigo vuestros dos millones, os traigo seis. El dinero bien manejado produce así.

— ¡ Y bien! ¿ pero, y tú?



— Yo ya saco mi agencia, mi corta comision, mi seis por ciento; pero es aparte de eso. Además, ya vereis los libros, monseñor; están en órden.

— ¿Y en qué diablos has podido ganar cuatro millones?

— En una porcion de cosillas que seria demasiado largo deciros, monseñor; pero ya vereis todo eso en los libros.

— ¿Y crees que voy á tomar ese dinero? Tomaré mis dos millones, pues lo demás es para tí; yo no comercio.

— V. A. no tiene razon; pudiendo disponer de unos fondos como esos, se pueden emprender grandes negocios, puesto que solo con dos millones.....

— Vuélveme, te digo, los dos millones con los que has negociado, y guarda los cuatro millones de ganancia.

— ¡Pero si ya os he dicho que yo he descontado mi corto interés!

— ¡Cómo! si dices una palabra mas, no tomo nada.

— ¡Ah! monseñor, hay leyes, aun para los pobres judíos; yo os obligaré á ello.

— ¿A tomar seis millones cuando no te he dado mas que dos? ¡Pardiez, la cosa es grande!

— No, replicó el judío despues de haber reflexionado un instante; no, yo no puedo obligar á V. A. á tomar los seis millones, puesto que puede

negar que me autorizó para hacer producir su dinero, y si no tiene palabra, seré condenado.

— ¡Pues bien! dijo el príncipe, no tengo palabra; no te he autorizado para hacer producir mis dos millones, y si dices otra palabra mas, te persigo como defraudador de depósitos.

— ¡Ya no hay buena fe en el mundo! murmuró el judío entre dientes.

— ¿Qué dices? preguntó el príncipe.

— Nada, monseñor, dijo, que sois un gran príncipe, y yo no soy mas que un pobre judío. Hé aquí vuestros dos millones en buenas letras á la vista sobre el tesoro de Viena; en cuanto á los otros cuatro millones, puesto que resueltamente no los quereis (el judío exhaló un suspiro) será preciso que me quede con ellos.

Y el judío se volvió á Francfort llevándose los cuatro millones, y no comprendiendo cómo marchaban ya las cosas.

Este judío era Mr. Rothschild, padre.

Hé aquí el origen de esa gran fortuna, tal cual se me ha referido en Francfort: le reproduzco porque no puede herir, antes al contrario, á ninguno de los que llevan el mismo nombre.

Despues, he sido presentado á Mr. Rothschild de Francfort, que es cónsul de Nápoles, como su hermano de París es cónsul de Austria, y me ha recibido como Mr. Rothschild trata á los extranjeros,



con la mayor amabilidad. En cuanto á su señora, no diré de ella mas, sino que es uno de los privilegios de las señoras Rothschild ser modelos de buen gusto y modales, habiten en Londres, en París ó en Francfort.

Para terminar, me propuso mi cicerone visitar el hospital judáico, fundado en gran parte, y sobre todo, sostenido por Mr. de Rothschild.

Es un hospital semejante á todos los hospitales, con la sola diferencia, acaso, de estar algo mas limpio, ¿ Es para quitar la gana á los judíos de Francfort de caer enfermos ?

Uno de los balcones del hospital da al antiguo cementerio. Jamás he visto nada mas triste que este campo mortuorio abandonado : todas las piedras cinerarias son semejantes, y si en alguna parte existe la igualdad, ciertamente es en aquel rincon de tierra. Una cabra la habita ; es sin duda la cabra emisaria. Al brotar la yerba de los sepulcros, debe estar encargada de digerir los pecados de los que ejecuta concienzudamente : jamás he visto cabra mas grande y de mejor aspecto. Verdad es que á no tener miedo á los aparecidos, hay pocas existencias que puedan compararse á la suya ; habiendo reemplazado á una cabra que murió de vejez, á su vez de vejez morirá. Esta es la muerte que ambicionaba Arlequin, y Arlequin no es un imbécil.

Al volver á la fonda, recordé que el abate

Sméets me habia dado una carta para el obispo D..... Fuí á su casa, pero el obispo D..... estaba en las aguas de Viesbaden. Esta carta tenia por objeto proporcionarme noticias acerca de Sand. Escribí al obispo D..... Su respuesta iba acompañada de una carta para monsieur Widemann, doctor en cirugía, calle Mayor de Heidelberg, núm. 111.